

que yo haga lo que no es legal, lo que ningun poder humano puede mandar; se quiere que yo falte á mi juramento, y no solamente esto sino que enseñe en adelante en mis lecciones sobre el Estado y la constitucion la doctrina del perjurio; que cargue con el desprecio y la befa de mis oyentes y que me exponga á que el señor de Scheele me forme una causa como apóstol del perjurio. No; el poeta dice: «En este mundo no hay nadie tan elevado que á su lado tenga yo que despreciarme á mí mismo,» y estas palabras han de ser verdad en todas partes donde exista moralidad. Ninguna revolucion puedo excitar, y si pudiese no lo haria, pero puedo dar testimonio de la verdad y del derecho contra un sistema de mentira y de arbitrariedad, y lo hago.»



Jacobo Grimm

(litografía de Werner y dibujo original de Burggraf)

El hombre que así escribió y procedió había ocupado un cargo que exigía las dotes de catedrático, de investigador científico y de estadista; pero los hermanos Grimm no tenían ninguno de estos motivos para protestar contra la voluntad del soberano, por cuya razon es mas conmovedora su conducta en este asunto, y el escrito que Jacobo Grimm publicó en enero de 1838 en Basilea es otra joya de la literatura alemana. Está redactado en un tono que sin quererlo predispona el alma á meditaciones piadosas. Parece un monólogo del sentimiento de justicia ultrajado; es el grito involuntario de la conciencia violentada. No escribió Grimm para adquirir fama de mártir ni de héroe con el sacrificio que acababa de hacer; escribió para defenderse contra la vil calumnia, que quiso atribuir su nobilísimo civismo á móviles rastroseros. «Mi buena fama,—dice,—por insignificante que parezca, es para mí el fruto de toda mi vida y la quiero conservar sin tacha. La verdad es lo único perdurable, y hasta los malvados y débiles que no la proclaman en alta voz, sienten su fuerza en su interior. El mundo está lleno de hombres que creen y recomiendan lo que es justo, pero cuando se presenta la ocasion de obrar, dudan y se retiran pusilánimes y cobardes. Su duda es como la yerba que crece entre el empedrado y que arrancada vuelve á brotar y pronto cubre de nuevo el piso.» Los dos hermanos Grimm jamás habían tenido opinion política y cuanto se rozaba con partidos políticos les repugnaba

en gran manera. «Jamás he querido encerrar mi amor patrio —dice Jacobo Grimm,—en el estrecho molde de la opinion de ningun partido militante, pero he visto petrificarse en estos moldes corazones sensibles. La persona que no ostenta ciertos colores que á los políticos miopes place adoptar, y el hombre que no mira la sociedad como un tablero de ajedrez en que cada individuo ha de ser ó blanco ó negro, son mas odiados que los mismos contrarios, que solo piensan en ponerse la librea del color correspondiente para gustar al partido que ha tomado este color por distintivo, sin que nada signifiquen para ellos los dones con que Dios ha dotado á las almas.»

Después de esto pasa á referir Jacobo Grimm que desde su juventud ha sido su afán estudiar el idioma y el alma del pueblo alemán, sus impulsos é ideas de derecho y su vida íntima, y dice que á consecuencia de estas contemplaciones y meditaciones encontró y amó su patria cuando ésta estaba envilecida y aherrrojada por el extranjero; que en secreto se irguió, pensando en los tiempos antiguos del pueblo alemán, «cuando había casi desaparecido toda esperanza y no se veía ya brillar estrella ninguna en el cielo de Alemania;» y que después, cuando roto el yugo extranjero se recobró la independencia, tuvo la alegría y noble satisfacción de ver que sus trabajos y los de su hermano eran elevados á la categoría de ciencia nacional, ciencia que entusiasmó á toda la juventud, ciencia de la antigüedad alemana, de su idioma, su poesía, su derecho y su historia. Se despertó la afición á buscar é investigar los monumentos olvidados y enterrados de la literatura antigua alemana, afición semejante al afán y entusiasmo que Petrarca había comunicado á los italianos del siglo XIV para buscar y dar á luz los manuscritos de los antiguos romanos. Pero también el espíritu de partido invadió este terreno, y entonces los dos hermanos defendieron su santuario contra semejante profanación; y Jacobo Grimm dice á los liberales que desprecian la Edad media, maldiciendo su barbarie y su feudalismo, y á los serviles, que ostentan gran deseo de que vuelvan aquellos tiempos: «He bebido con júbilo en sus tranquilas fuentes, que no me parecieron pantanos; me esforcé por penetrar en las ásperas selvas de nuestros antepasados, escuchando los acentos de su noble idioma y sus leyendas puras. No quedaron ocultas para mí ni la libertad antigua de los pueblos, ni su creencia natural y sencilla antes que conocieran las bendiciones del cristianismo. De estas cosas supisteis en general poco, y por eso sacásteis de mis libros armas ya para denigrar, ya para elogiar el tiempo presente en comparacion con el pasado, segun convenia á vuestro objeto. Los literatos que se dedican á cultivar un campo abandonado suelen mirarlo con predilección, y yo espero que aquellos que conocen bien mis trabajos no podrán acusarme de haber menospreciado el gran derecho que corresponde á nuestro tiempo de juzgar nuestro idioma, nuestra poesía, nuestros derechos é instituciones, porque si en algo éramos mejores antes de ahora, hoy debemos ser tales como somos.» El escrito de Grimm concluye así: «Véanse ahora expuestos á los ojos de todo el mundo mis ideas, mis propósitos y mis actos. No me cuido de si el haberlos manifestado me ha de perjudicar ó serme útil; si este escrito llega á manos de una generacion venidera, ella podrá leer en mi corazón, que habrá cesado de latir. Mientras viva, estaré satisfecho de mi trabajo y me consuela la idea de que lo que de mis trabajos quede después de mí, ganará en lugar de perder.»

Los hermanos Grimm imprimieron á la ciencia que dieron al pueblo alemán el noble sello de su patriotismo, y el pueblo alemán podía mirar tranquilo el porvenir cuando la ciencia alemana le suministraba tales campeones en su lucha por el derecho.

CAPITULO III

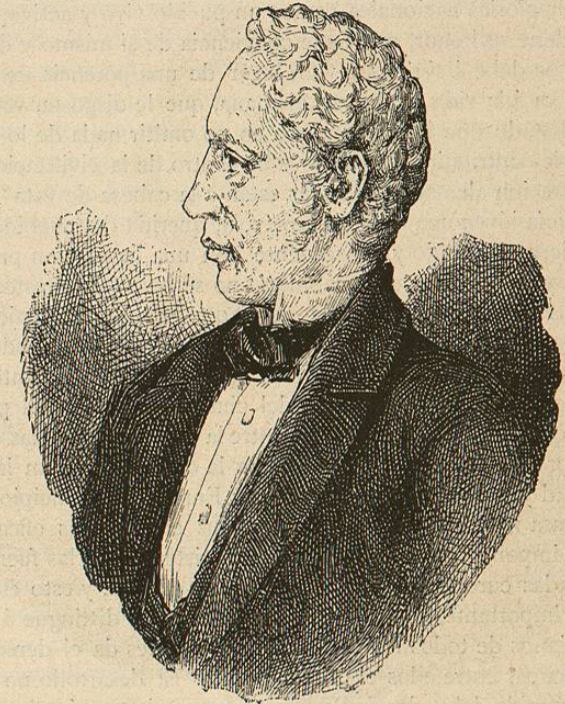
LA NUEVA PRUSIA Y LA LUCHA DE SU CLASE MEDIA
POR SU DERECHO

El gobierno de Prusia desde el Congreso de Viena se había dedicado exclusivamente á la organizacion interior de la monarquía, sin dar libertad á la prensa ni constitucion ni representacion nacional á sus súbditos. La parte que tomó en la reaccion impuesta por la confederacion y en la persecucion de los directores de gimnasios y demagogos le había enajenado la simpatía de los pueblos, y su política aduanera desde 1818 le había atraído la enemistad de pueblos y gobiernos. Había hecho el convenio con Hesse-Darmstadt, pero ningun otro Estado alemán había imitado el ejemplo del gran ducado y la estrella de la Prusia continuaba oscurecida cuando la descubrió en toda su magnitud en el año 1831 un publicista wurtembergués, Pablo Pfizer, que la dió á conocer al pueblo alemán en un escrito titulado: «Correspondencia de dos alemanes.» En él se recomendó la agregacion á la Prusia como única esperanza que quedaba á la nacionalidad de los alemanes, y se decía que el ensueño de una patria alemana se podía trocar en realidad teniendo fe en la Prusia.

Pfizer pintó en su escrito en términos irresistibles el deseo de los alemanes de tener una patria comun, en lugar de ser súbditos de una multitud de Estados grandes y pequeños, que aislaban las inteligencias alemanas entre sí y del mundo entero. «Si seguimos por este camino estamos perdidos,—decía el escrito;—el alemán es extranjero en su propio país; no vive, hablando de los buenos, en la vida del mundo sino fuera de esta vida; no tiene mas mundo en que participar que el que está en su interior; su existencia es enteramente artificial. Nuestros esfuerzos continuos, sin objeto ni sustancia, nos han dejado extenuados y consumen todavía dia por dia nuestras fuerzas mas preciosas. El espíritu alemán con su vuelo exagerado, con ideas que no se aplican á nada, con su sentimentalismo refinado que no tiene origen fijo, se halla en una esfera tan sublime que toda nueva conquista le aleja mas de lo existente y le empobrece, porque aumenta la distancia que le separa de la realidad. Todo cuanto ofrecen el arte, la poesía, la religion y la ciencia, se ha empleado para llenar el vacío que nos deja la falta de la vida pública, de un interés práctico, grande y palpable, de una idea patriótica que ocupe las facultades todas del alma; pero nada ha podido llenar este vacío. Hemos estudiado todas las literaturas del mundo; hemos investigado todos los tiempos, hasta los prehistóricos y los preadamíticos; hemos construido y reconstruido el universo con la filosofía de las ciencias naturales; nos hemos creado con el arte y la poesía un mundo ideal á falta del real; nos hemos embriagado en las esferas místicas, y, como Empedocles en el Etna, nos hemos hundido en la sima sin fondo de lo absoluto. A todos estos esfuerzos ha faltado un centro comun, y esto explica, en medio de tanta riqueza, nuestro descontento y nuestra impotencia intelectual presente; pues ni en la poesía, en la cual creemos ser los fuertes, sabemos producir un acorde conmovedor y vivo, y á pesar de la gran necesidad que tenemos, segun los enemigos (no puedo llamarlos adversarios) de Goethe, de una poesía ético-popular nueva, nada se ha publicado que llenara ni remotamente este vacío. Si algo práctico se hace, se debe á los que mas se empeñan en empequeñecer á nuestro gran poeta, á quien no obstante imitan en la parte teórica.»

«La salvacion, sin embargo, no debe buscarse en el campo del romanticismo, ni hay que pensar en volver al sacro im-

perio romano-germánico con sus emperadores alemanes, porque aunque esto fuese posible, no nos salvaria.» «De lejanos siglos,—dice Pfizer,—de los tiempos de los emperadores sajones, francos y suabos oímos todavía ecos y vemos algun resplandor al través de la neblina de las leyendas que embriagan los corazones alemanes, los cuales sienten abandonar los ensueños de pasadas glorias. No está muy lejos todavía el tiempo en que muchos creyeron posible la resurreccion del sacro imperio romano-germánico, y hasta hubo quizás quien esperó ver esta resurreccion y al heredero del trono imperial; pero la realidad, que no se modifica ni por ensueños vanos ni por lamentos estériles, persiste en su derecho y no se cansa de predicarnos que no estamos destinados á



Pablo Pfizer

alimentarnos de recuerdos, que para gozar debemos luchar y adquirir, y que en lugar de descansar sobre los hombros de nuestros antepasados, debemos ponernos sobre nuestros propios pies. No debemos consumirnos en deseos lánguidos y afeminados, ni pedir flores al invierno ni frutas al árbol seco. Así como no resucitan los muertos en este mundo, tampoco resucitará el Austria de otros tiempos en que heredó las glorias y magnificencias de Alemania, ni volverá á ser para este país lo que antes fué.»

Pfizer niega en su obra á la cabeza de la confederacion el derecho de dirigir á la nacion alemana, porque dice que esta potencia, que condenó á la Alemania á una guerra religiosa de treinta años, ha roto para siempre con la vida intelectual y con la conciencia del pueblo alemán. «Además se ha salido fuera de Alemania con sus adquisiciones territoriales, ha trocado su nombre alemán por otro europeo y está separada poco menos que hostilmente de todo lo que constituye hoy nuestro capital nacional: nuestra vida intelectual, nuestra literatura y nuestras universidades.» Si Austria anhela nuevas fuentes de gloria y de grandezas, las ha de buscar en su nueva posicion de potencia europea y en armonía con las necesidades de sus dominios no alemanes, «pues nada tienen que esperar ya ni Austria de Alemania ni la Alemania de Austria.»

«Muy distinto y hasta enteramente opuesto al desenvolvimiento del Austria ha sido el de Prusia. Los sucesos que han

separado á la Alemania del Austria han estrechado los lazos que unen á la Prusia con Alemania. Prusia decidió la victoria de Alemania contra el poder napoleónico y la decidió no solo por sus armas sino todavía mas «por su peso moral,» arrojando en la balanza «su entusiasmo,» con lo cual adquirió un derecho legítimo á la hegemonía, á cuyo derecho no falta hasta ahora sino el reconocimiento formal. — A medida que Austria se ha transformado de Estado alemán en Estado exclusivamente europeo, la Prusia ha trocado su carácter de Estado europeo por el de Estado alemán. En el lugar de la vieja y petrificada Austria, se presenta la jóven y movable Prusia; en lugar de aquel Estado católico vemos otro protestante, y en lugar de un pueblo flemático y lento, sin el sentimiento de su propia dignidad, poco sensible á las ambiciones y glorias nacionales, vemos un pueblo vivo y activo, que sostiene su honor, que tiene conciencia de sí mismo y de lo que se debe á sí propio; y en lugar de una potencia extranjera ya á la vida intelectual alemana, que le disgusta, vemos un Estado que busca su gloria en no omitir nada de lo que puede contribuir á constituirse en centro de la civilización é ilustración alemanas. Además están á la cabeza de esta monarquía jóven una dinastía benévola, querida del pueblo, un gobierno ilustrado y consecuente con una legislación precursora y humanitaria cuya sabiduría no se basa sobre restos de siglos hundidos en el olvido, sino que habla el lenguaje de nuestro tiempo. Tiene este país una administración modelo, un sistema de defensa nacional que une estrechamente la misión del guerrero con la del ciudadano y evita el peligro que entraña la separación entre la clase militar y las clases productoras, separación contra la cual se estrellan la libertad y la prosperidad material en Europa. El principio de defensa nacional es mas justo y en sus efectos mas eficaz y mas imponente que todos los demás sistemas de las fuerzas armadas europeas; y finalmente hay en Prusia, y esto es lo mas importante, el sentimiento nacional, que distingue á los prusianos de todos los demás alemanes y les da el derecho de ocupar entre ellos el primer puesto. El desarrollo no interrumpido del poder de Prusia resulta por lo demás tan conforme con las leyes naturales generales y en especial con las de los pueblos que puede admitirse como seguro que la Prusia, si comprende su misión, no tardará en ocupar el puesto que le está destinado.»

Merece particular atención el autor de este escrito, el primer alemán del Sur que sin miedo expone su fe en la misión alemana de la Prusia. En el trozo siguiente explica acertadamente, partiendo de los deberes alemanes del gobierno prusiano, su régimen monárquico absoluto: «Ningun gobierno ha hecho tanto, con los mismos recursos limitados, como hasta ahora el prusiano. Para sostener su puesto entre las potencias que deciden de la suerte del mundo, es decir, para sostener su categoría internacional tuvo que atender con todas sus fuerzas á la política extranjera, y mientras los recursos materiales de que dispone no se aumenten considerablemente, ha de ser su suprema ley la unidad en el mando, la concentración de sus fuerzas y la rapidez y libertad completa de su acción. Para sostenerse en su posición elevada artificial el gobierno ha de tener las riendas del Estado cortas y tirantes; ha de hacer uso de todas las velas para navegar sin quedar rezagado y ser abrumado por las potencias rivales mas poderosas. Por eso no hay en Prusia libertad de la prensa, ni representación nacional, ni nada de lo que pueda producir alguna discordia interior y despertar al león dormido de la oposición. En Prusia no se oyen como en otros países clamores pidiendo reformas interiores; nada impide allí la acción rápida y enérgica del gobierno, cuya dictadura militar, pero benévola y bien intencionada, se esfuerza por

calmar ó aniquilar todo elemento de discordia interior, toda causa de choque y de división; porque si la lucha de elementos encontrados, sean democráticos, aristocráticos ó monárquicos, constituye la vida de los países grandes, desarrollados y asegurados contra ataques exteriores, es un peligro capital para las potencias en via de formación y que hasta cierto punto luchan todavía por su existencia. Pero si no puede decirse que la Prusia es la patria de la libertad de la palabra, no dejan de ser el monarca y el pueblo un cuerpo y una alma; el gobierno cuenta con la confianza ilimitada de los súbditos, y la obediencia absoluta de estos se atribuye sin razón ora al absolutismo del gobierno, ora al carácter servil del pueblo prusiano, siendo todo simplemente consecuencia de una situación no bien consolidada todavía.»

«Tales como hoy están las cosas, ó ha de crecer el poder de Prusia ó esta potencia ha de caer exhausta por los esfuerzos excesivos que hace. Esto último no lo permite el sentimiento nacional que se ha despertado en el país; de suerte que ha de suceder lo primero, y del gobierno de Prusia depende el acrecentamiento de esta potencia si no olvidada lo que la Alemania tiene el derecho de pedirle, es decir, si el gobierno de Prusia, desoyendo todo egoísmo, se aplica á cumplir su misión en sentido alemán nacional. Si no engañan las señales tocará á la Prusia por su destino el protectorado de Alemania que le dió ya Federico el Grande. Cuando la Prusia haya llegado á este punto, blanco de sus esfuerzos y de su ambición legítima, cuando su poder se haya acrecentado y se halle sólidamente cimentada en su puesto entre las grandes potencias, entonces desaparecerá también su posición excepcional entre los demás Estados alemanes, porque ya no tendrá que tener reunido con puño fuerte lo que continuamente amenazaba desmembrarse. No teniendo ya que atar corto á los débiles para que queden unidos, habrá lugar para que en el interior se desarrolle la vida pública y luchen entre sí las fuerzas interiores. Esta consideración desvanece la objeción principal que el resto de Alemania opone con cierta apariencia de razón á la hegemonía de Prusia.»

En el Congreso de Viena, el conde de Winzingerode, representante del rey de Wurtemberg, habia desaprobado la idea de formar una sola nación de pueblos alemanes tan diferentes entre sí como lo son la Prusia y el Wurtemberg, y el rey de este último país habia publicado bajo nombre supuesto en 1820 un escrito titulado: *Manuscrito de la Alemania del Sur*, en el cual enaltecíó como la Alemania genuina y verdadera la de los soberanos unidos en la confederación del Rhin, á quienes «su amor á la Alemania habia hecho amigos de Francia.» Mas las cosas habian cambiado cuando un súbdito wurtembergués, Pfizer, escribió la ya citada correspondencia en 1831, y enaltecíó al mismo tiempo en sentidos inversos á la Prusia como la nueva patria del pueblo alemán.

«¡Oh alemán sin patria! ¡oh ave de paso sin nido!
¡Oh soñador junto á la peña solitaria de la playa, qué fuerte es tu sueño!
Hace tiempo que ignoras de dónde vienes y adónde te diriges.

Flotas en una nave desarbolada y sin timón, donde te empuja la tempestad y te llevan las olas.

Algun día llevaron los vientos á todas partes tu nombre, con tus gritos de victoria;

Tanta sangre heroica, ¿no ha dejado en tu casa sino inmundas heces?

Tu emperador, que tan orgulloso elegiste, te ha abandonado; Uno tras otro te abandonaron tus genios protectores, hasta que tú mismo te perdiste.

Desde el postrer puerto brilla todavía un faro en las playas del Báltico;

El sol está á punto de entrar por el Oriente y en lontananza se refleja la aurora;

Ufana se alza una nueva selva de robles (1) y encima brilla una estrella;

Tan brillante como los ojos de Federico (el Grande).

La estrella resplandece en toda la selva;

El musgo de los árboles reverdece; la voz de la primavera resuena;

Resuena fresca, y aunque no se parece al canto del ruiseñor, tampoco, por mas que diga la envidia, se asemeja á un canto fúnebre;

El viento que sopla del Norte no es hábito ilusorio.

A veces, concluido el vino, se encuentran sabrosas las heces;

No vituperes al hambre que se sacia con la gloria, ni á la sed que se apaga con la grandeza,

Pues la Prusia, (tan satirizada como) insustancial, es la postrera égida del honor (alemán).

Busca, pues, la nueva patria; ¿qué te ciega?

¡Ah! como despertó Ulises en la playa, te despiertas tú, lloras y no la conoces!»

Lo que Pablo Pfizer entrevió es hoy cierto y puede demostrarse. El absolutismo de Prusia no fué inmovilidad, ni mucho menos retroceso, sino un trabajo creador, una vasta reorganización cuyo mérito no fué visto porque se efectuó sin ruido, mientras por la parte exterior se vió solo el absolutismo, que valió á la Prusia tan acerbas críticas.

Cuando convocado el congreso de soberanos en Viena el rey de Prusia estaba á punto de trasladarse á la capital de Austria, donde se habia de hacer un nuevo arreglo territorial, firmó el 3 de setiembre de 1814 la «ley sobre el servicio militar obligatorio,» redactada por el general Boyen, ministro de la Guerra. Esta ley memorable dice en su preámbulo: «El esfuerzo general de nuestro pueblo fiel sin excepción ni diferencia (de clases) ha conseguido en la guerra tan felizmente concluida la libertad (del yugo extranjero) de la patria, y solo de esta manera puede asegurarse perdurablemente la conservación de esta libertad y el honroso puesto que la Prusia ha conquistado. Las disposiciones que han dado este resultado feliz, y cuya conservación desea toda la nación, serán, pues, la base de la organización militar de la monarquía, porque una nación armada, organizada militarmente segun una ley establecida, es la mejor garantía de una paz duradera.»

Siguen despues las primeras disposiciones:

1.º Todo varón natural del país que hubiere cumplido veinte años de edad tiene la obligación de defender la patria. A fin de cumplir esta obligación general, especialmente en tiempo de paz, sin perjudicar los progresos de las ciencias é industrias, se establecen respecto del servicio y del tiempo que ha de durar las siguientes graduaciones:

2.º La fuerza armada se compondrá:

- 1.) Del ejército permanente;
- 2.) De la primera reserva (landwehr de 1.ª convocación);
- 3.) De la segunda reserva (landwehr de 2.ª id.);
- 4.) Del *landsturm* (somaten general).

3.º La fuerza del ejército permanente y de la reserva se fijará segun sea la situación del Estado.

4.º El ejército permanente estará siempre á punto de entrar en campaña; es la escuela principal de toda la nación para la guerra y comprende todas las secciones científicas del ejército (2).

(1) El roble y el tilo son los árboles nacionales de los alemanes; el tilo lo es tratándose de sentimientos. (N. del T.)

(2) Toda la ley, contenida en diez y nueve artículos, se halla en la *Colección de leyes de 1814*, págs. 79-82.

La existencia de la Prusia dependia en primer lugar de la adopción permanente de esta ley, que no tenia su igual en ningun país del mundo (3), y en segundo lugar de la sumisión voluntaria de la nación á sobrellevar la carga inmensa del servicio militar obligatorio con tres años de servicio en el ejército activo. Respecto de la introducción de una constitución y representación nacional convenia saber cuál podia ser la actitud de un parlamento compuesto de prusianos antiguos y modernos, ya que era forzoso dar á este parlamento el derecho de admitir ó rechazar las leyes todas y de consiguiente también las relativas al ramo de guerra.

Al peligro que ofrecia la mezcla de los elementos antiguos y recientes de la monarquía prusiana engrandecida, se agregó una penuria extraordinaria del gobierno y sobre todo la aversión tan general como profundamente arraigada de los habitantes de las ciudades al servicio militar personal.

Al terminar el año 1816, el primer año de la paz, tenia la Prusia 10.400,617 habitantes (4), que en la parte correspondiente á los territorios ya nuevamente adquiridos, ya recuperados, pero que no habian tenido participación en el renacimiento de la Prusia ni en la guerra de liberación, se repartian en la forma siguiente:

Provincia de Posen	820,176 habitantes.
Gobierno de Stralsund	128,493 »
Provincia de Sajonia	1.197,953 »
» de Westfalia	1.066,270 »
» Rhiniana	1.870,908 »
Neufchatel	51,586 »

5.134,486 habitantes.

De este estado resulta que una buena mitad de los habitantes eran súbditos nuevos, y de ellos la mayor parte, como las poblaciones polacas de Posen y las de los territorios rhinianos antes eclesiásticos, eran prusianos como hoy son por ejemplo alemanes los alsacianos y loreneses. La penuria del gobierno, que en el año 1814 habia sufrido la pérdida de toda la deuda francesa de guerra, casi 170 millones de francos, era tan grande, que el conde de Bulow, ministro de Hacienda, se habia hecho, por razones de economía, adversario del servicio militar obligatorio, habiendo pedido para apoyar su opinión al general Lingelsheim una memoria á favor del restablecimiento de la organización militar de Federico el Grande (5).

Lo mas grande de la gran idea de Scharnhorst habia sido su fe en la fuerza militante del idealismo, sobre la cual habia basado el servicio militar obligatorio de las clases ilustradas, y su cálculo habia resultado acertadísimo. ¿Qué mas natural, pues, que el rey y su ministro de la Guerra quisieran conservar tan maravillosa institución y que á este fin se publicara la ley del 3 de setiembre de 1814? Pero apenas se hizo la paz vieron que justamente la clase media ilustrada se mostraba, hasta donde podia hacerlo, adversaria del servicio militar obligatorio. Rotteck (6) publicó en 1816 un escrito

(3) Esta organización está copiada de la antigua ley militar española con ejército permanente, milicias provinciales y armamento general del país. (N. del T.)

(4) Véase para los números: *Viehbahn; Statistik des Zollvereintigten und nördlichen Deutschlands*, tomo I, pág. 131, Berlin, 1858.

(5) Treitschke, tomo II, pág. 204.

(6) Nació en 1775 en Friburgo, Baden. Historiador, profesor de historia del derecho racional y de ciencias políticas en la universidad de Friburgo, introdujo y popularizó en la clase media de Alemania, principalmente en el Sur, ideas liberales. Solo en este concepto, como documentos históricos de la civilización moderna en Alemania, conservan algún interés sus escritos.